

La Vida Consagrada a Dios

El quinto capítulo de Mateo contiene un estudio profundo de la justicia del reino de los cielos (Mat.5:20-48). Jesús ha comenzado atacando la postura hipócrita de los Fariseos en su punto más aparente – su trato hacia los demás. Él deja claro que la verdadera justicia es una piedad que alcanza la profundidad del corazón, examina los motivos y actitudes, y no meramente las palabras y los hechos. Bajo todo lo que Él ordena, aunque nunca explícitamente declarado, está el esfuerzo práctico del antiguo mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo. Aunque si el trato completamente falto de amor de los Fariseos hacia los demás fue la manifestación más obvia de su bancarrota espiritual, no fue aquí donde comenzaban sus problemas. Es a esa área donde la verdadera justicia comienza que el Maestro ahora se dirige (Mateo 6).

Cuando Jesús concluyó Su enseñanza sobre el amor al prójimo, Él había elevado a sus oyentes al mismo trono de Dios **“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que es está en los cielos es perfecto”** (Mat. 5:48). Aquí está la clave a toda piedad, ambas, la moral y la espiritual descansa –no en nuestras relaciones hacia los demás sino en nuestra relación hacia Dios. “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” es el segundo de los grandes mandamientos; el primero es “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma” (Mat.22:35-37).

Los hombres han luchado a través de los siglos por levantar un código ético separado de la piedad. Pero, como Schopenhauer una vez escribió: “Enseñar la moralidad es fácil. Encontrar una base para la moralidad es difícil” Tales esfuerzos han fallado porque en la ausencia de un Dios moral que se preocupa de la conducta moral de Sus Criaturas, todo código moral es arbitrario y sin sentido. Ciertamente, si no hay tal Dios, es inconcebible que el hombre pudiera aun existir como un ser moral. Él sería simplemente incapaz de entretener semejantes preguntas éticas. El hecho que el hombre es moral, habla elocuentemente de la existencia de un Dios moral.

Pero una ética de la conducta humana, aun tan grande y verdadera como: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” no puede descansar sobre sí misma. Esto se vuelve sin sentido e imposible separado de un profundo compromiso al Dios sobre cuya naturaleza y voluntad depende toda la estructura moral del universo. Los hombres que quieren tratar con la moralidad, deben tratar con Dios. Esta es la razón porque la ética del reino de los cielos no es posible cumplir excepto por aquellos que están adecuados para el reino. Su ética no puede ser guardada por los hombres no convertidos.

Al finalizar el capítulo cinco, Jesús ya ha tratado en gran detalle con la verdadera justicia, pero la fuente de esa justicia hasta ahora ha sido insinuada. Es el corazón de la justicia – completamente y sin divisiones. Pero cuando el capítulo alcanza su punto culminante en el llamado de amar a los enemigos, uno es empujado a exclamar

“¿Cómo?” Y mientras estamos preguntando, nuestra atención es dirigida al cielo. Es Dios quien únicamente puede abrir la posibilidad de semejante amor entre los hombres. Como Juan dice, “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn.4:19). Los hombres, separados de Dios, podemos reconocer en alguna medida la necesidad de amarnos los unos a los otros en esta forma pura, pero nunca encontraremos dentro de nosotros mismos la fortaleza espiritual para cumplirla. Únicamente en un absoluto compromiso con Dios esto es hecho posible.

Se necesita entenderse además que las demandas éticas del reino no son un fin en sí mismas. Como Jesús lo dejó claro antes de introducir esta nueva dimensión de la justicia, el propósito de todo mandamiento ético es transformarnos a la semejanza de nuestro Padre. De esta manera, si hemos correctamente entendido lo que Jesús está diciendo, la pregunta con la que finalizaremos cada día no es, “¿He cometido asesinato o adulterio o esto o aquello?” sino más bien, ¿Ha estado Dios primero en mi vida hoy?” “¿He guardado Sus mandamientos?” “¿He sido verdadero ante Él?” “¿Le Conozco mejor?” “¿Soy más semejante a Él?”

Los hombres siempre han sido lentos para entender que el pecado más fundamental de todos no descansa en nuestro mal trato hacia los demás sino en nuestro rechazo insensato y lleno de arrogancia para adorar y honrar a Dios por encima de todo. Es a esta criminalidad cósmica de la que Pablo habla en Romanos cuando habla del mundo pagano: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Rom.1:21). Es debido a este crimen central que los hombres han sido visitados por los horrores de la inmoralidad y la inhumanidad (Rom.1:26-32), y no viceversa. La primera gran tarea de los hombres, al buscar la justicia del reino de Dios es tratar con Dios mismo, y él único acercamiento que ha sido aceptable a Él ha sido uno de una absoluta humildad y devoción.